

15 de Agosto de 1908. Año V. N.º 112.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.º, entr.º Apartado en Correos n.º 445.

Páginas históricas

Florencia y los Médicis

Como todas las provincias de Italia, la Toscana tiene su historia especial por lo agitada.

Sometida á los romanos hasta el siglo v, pasando por manos de los godos, de los lombardos, que la erigieron en ducado, sometida después á Carlomagno y á Luis el Bueno, que la convirtieron en marquesado, la Toscana llegó al siglo XII destrozada por las luchas incesantes de guelfos y de gibelinos. Los primeros, que querían colocar el país bajo el dominio de los papas, y los segundos, que querían colocarle bajo el dominio de los emperadores.

Molestos por estas luchas con gentes que querían disponer de ellos á su antojo sin consultarles, los toscanos se declararon en república con Florencia como capital, y se encargaron de elegir entre los principales ciudadanos su jefe ó guardián del *gonfalón* ó estandarte de la patria.

Entonces apareció la familia de los Médicis, que debía jugar un papel importante no sólo en la historia de Florencia, sino en la del mundo entero.

En un principio, respetuosos con la voluntad de sus conciudadanos, los primeros Médicis no hicieron otra cosa que hacerse amar del pueblo. Uno de ellos, Cosme el Viejo (1389-1464), supo merecer el sobrenombre de *Padre de la Patria*. Pero los sucesores fueron poco á poco haciendo uso de su autoridad en sentido tiránico, declarando hereditario su derecho á sucederse en el gobierno, y el despotismo llegó á su grado máximo con Alejandro de Médicis, hijo de Laurent II y hermano de la célebre Catalina de Médicis.



Asesinato de Alejandro de Médicis.

Alejandro de Médicis.

Alejandro fué impuesto como duque á Florencia á la edad de veinte años, en 1530, por Carlos V, que acababa de casar á su hija Margarita de Austria.

Alejandro se dió á conocer en seguida por sus crueldades y sus vicios, y no tardó en ser odiado por toda la Toscana.

Ante todo desarmó al pueblo y levantó una ciudadela para dominar la ciudad; restableció para él y sus herederos el título de gran duque; hizo envenenar á su primo el cardenal Hipólito, que era querido del pueblo y al que consideraba como rival suyo. Arruinó el comercio de Florencia para enriquecerse; en-

sayó vender la patria al emperador; se hizo aborrecible por los homicidios é inspiró el desprecio por sus costumbres disolutas.

Esa fué la causa de que se tramasen contra él numerosas conspiraciones; pero, cobarde y cruel, logró hacerlas abortar. Llevaba siempre bajo las ropas una cota de malla de gran resistencia y no comía ni bebía sin que sus amigos probasen antes los manjares que colocaban en su mesa, por miedo á ser envenenado.

Uno de los complot más originales tramados contra él fué el del arzobispo de Marsella Juan Bautista Cibo, que llenó de pólvora un cofre, donde Alejandro acostumbraba á sentarse cuando iba de visita. La pólvora debía inflamarse en un momento dado por un agujero practicado en la pared; pero un espía le advirtió á tiempo, y Cibo tuvo que huir, para evitar ser víctima del puñal ó del veneno.

A fuerza de crueldades, Alejandro había concluído por llevar una vida infernal y á saber dónde habrían parado sus venganzas á no haberse puesto en su camino uno de sus primos, Lorenzo de Médicis, á quien los toscanos llamaron más tarde el *Bruto de Florencia*.

Lorenzo de Médicis.

Lorenzo había nacido el 25 de marzo de 1514. Era hijo de Pedro de Médicis, sobrino de Laurent, hermano de Cosme padre de la patria y de María Lodevini, su mujer. Habiendo perdido á su padre á la edad de nueve años, se educó bajo la tutela de Felipe Strozzi, un gentilhombre que habíase refugiado en Venecia, para huir de la cólera del duque, execrado contra él, que había urdido varios complots, que fueron descubiertos.

Bajo esta tutela se fué formando poco á poco el carácter del pequeño Lorenzo, que era una mezcla de burla amarga y de melancolía, de impiedad y superstición, de orgullo y de bajeza, de amabilidad y de insolencia; sus mejores amigos no podían adivinar nunca lo que pasaba en su interior. Muchas veces, cruel, falso, avaro; otras, pródigo, caballeresco y generoso; pasaba de la alegría á la cólera, del orgullo insolente á la servilidad; no reía ni lloraba. Era sarcástico ó lúgubre.

En medio de todas estas variaciones en su carácter, de vez en cuando exponía con sublime elocuencia planes de gobierno y proyectos que dejaban estupefactos á sus auditores.

A los diez y nueve años, después de haber recorrido la Italia, volvió solo á Florencia. Ocultando á todo el mundo sus proyectos, hizo de modo que el duque, tan detestado de todos, fuese su mejor amigo; de suerte, que unos le tomaban por un insensato y otros por un cortesano despreciable.

Lorenzo desempeñó al lado de Alejandro los papeles de bufón, de amigo, de espía, de secretario, de criado, sirviéndole para toda clase de intrigas, hasta el punto que el duque no tenía confianza en nadie más que en Lorenzo y no podía pasarse sin él.

Lorenzacio, como le designaban en Florencia, tenía un familiar, que le era fiel como un perro. Era un asesino que había obtenido el perdón del duque el mismo día que iba á ser decapitado. Este sujeto, librado del patíbulo, cuyo verdadero nombre era el de Miguel del Tovallaccino recibió el mote de *Scoron-concolo* (el decapitado con cabeza), y concluyó por no ser conocido de otro modo en la corte ducal.

Un complot.

Muchas veces Lorenzacio en su casa se había quejado amargamente delante de *Scoron-concolo*, de un intrigante que le hacía sufrir muchas humillaciones, y su acólito, bajo juramento, le aseguraba le desembarazaría del enemigo en cuanto se lo nombrase; pero Lorenzacio había contestado siempre: Todavía no es hora. La impaciencia del esbirro iba en aumento, por querer demostrar á su señor su abnegación.

Por fin, un día, juzgando á su familiar bien preparado, el joven Médicis se resolvió á poner en ejecución su proyecto.

Era la mañana del 6 de enero de 1537. El tirano había proyectado pasar la noche en casa de Lorenzacio divirtiéndose, y se lo participó, añadiendo que como sabía dónde estaba su tesoro, tomase el dinero necesario para que la orgía fuese completa.

Lorenzacio fué á proveerse de los florines suficientes, y viendo la cota de malla del príncipe sobre un mueble, la cogió, ocultándola bajo el manto, y al marchar á su casa la arrojó en un pozo.

Scoron-concolo le esperaba. Lorenzacio se sentó á la mesa y sonriendo ordenó á su criado que le acompañase. A los postres, con gravedad, colocó la mano sobre el hombro de *Scoron-concolo* y le dijo:

—Camarada, tú me has oído hablar á menudo de un enemigo, y me prometiste que tú te encargabas de hacerle desaparecer.

—Señor, soy vuestro en cuerpo y alma. Nombrádmele solamente y le mataré, aunque sea el mismísimo Satanás.

—Te lo diré en seguida.

—¡Al fin! Podré cumplir mi palabra.

—¿Le matarás, aunque sea amigo del duque?

—Le mataré aunque sea el mismo duque.

—¡Bien, hermano!

Mientras tanto, el duque Alejandro reunió á sus cortesanos y les manifestó que iba á pasar la noche en casa de su amigo Lorenzacio, y como se sabía la amistad que les unía á ambos, á nadie extrañó la noticia. El príncipe se puso sus guantes perfumados, se cubrió con una capa larga de satín forrada de cibelina, y saliendo por una puerta secreta se dirigió á casa de su amigo y pariente.

Le recibió éste conduciéndole á su dormitorio y le rogó esperase un momento, mientras se daban los últimos toques á la comida. Alejandro se echó en el lecho, diciéndole riendo, que dormiría mientras tanto; pero como estaba cansado de orgías anteriores, se quedó dormido á los pocos instantes.

Lorenzo, que le espiaba desde detrás de una cortina, al ver que se había dormido, fué á buscar á *Scoron-concolo* y le anunció que había llegado el momento.

—Marchemos—contestó sencillamente.

—Sí, amigo; te conozco, sé que puedo contar contigo. He aquí mi espada. Va á servir para vengar al mayor enemigo de la república. Temo que mi fuerza física no llegue á donde alcanza mi voluntad; en este caso ven en mi socorro. Pero desde luego quiero yo dar el primer golpe.

—Marchemos—repitió *Scoron-concolo*.

Lorenzo abrió la puerta.

La cámara estaba débilmente alumbrada por los resplandores del fuego que ardía en la chimenea.

El asesinato.

Lorenzo quitó de enmedio la espada del príncipe, que estaba sobre una silla, y sacando la suya dijo:

—Señor, ¿dormís?

Después, sin aguardar la respuesta, hundió con violencia la espada en el cuerpo del duque, por el costado izquierdo y saliendo la punta por el derecho.

A pesar de esta herida mortal, Alejandro, que era muy vigoroso, de un salto se puso en el centro de la cámara, y cuál no sería su asombro al ver que su asesino era el que había considerado como su mejor amigo.

Iba á lanzarse contra él, cuando *Scoron-concolo* le asestó una estocada que le abrió la cabeza.

Alejandro se tambaleó y Lorenzacio se abrazó á él, echándole en el lecho para rematarlo. Pero entonces el duque, que había estado silencioso empezó á gritar, y Lorenzo, ante el temor de que los gritos fuesen oídos por la vecindad, tapó la boca del príncipe con la mano izquierda. El duque le mordió en los dedos pulgar é índice, haciéndole lanzar un grito terrible.

Alejandro, aunque perdiendo sangre, reunía todas sus fuerzas, tratando de ahogar á su adversario.

Scoron-concolo quería herir, pero en este grupo horrible, poco alumbrado, temía herir á su señor; tiró la espada y sacando el puñal de la cintura se precipitó en la lucha; al cabo de unos instantes pudo coger al duque por el cuello y le apuñaló bárbaramente. El duque, por fin, después de una convulsión horrible, cayó del lecho, arrastrando consigo á sus dos asesinos.

—¿Ha muerto por fin?—dijo Lorenzo.

—Ya lo creo.

Entonces envolvieron el cadáver en un tapiz y lo ocultaron. Lorenzo abrió la ventana y respiró un momento el aire de la noche, cerciorándose de que el ruido de la lucha no había sido apercibido en la vecindad.

Lorenzo y su cómplice cambiaron de ropas, marchó á casa

de su tesorero y le recogió cuanto dinero había. Montaron á caballo y se dirigieron á Venecia, donde llegaron á la noche siguiente.

Lorenzo fué á casa de Felipe Strozzi, su antiguo tutor, hizo que se levantase y abrazándole le dijo:

—No tenéis ya que temer al tirano de la Toscana, que ha muerto. He aquí la llave de mi dormitorio, donde está el cadáver del duque, muerto por mí.

Strozzi se echó á reir. Como todos los que conocían á Lorenzo, le consideraba como un loco inofensivo.

Lorenzo alzó los hombros abrió la maleta y echó á los pies del gentilhombre sus vestidos llenos de sangre, enseñándole también las heridas de la mano.

—¡He aquí la prueba! — dijo fríamente.

Entonces Strozzi le abrazó, le hizo mil demostraciones de amistad y le pidió la mano de sus dos hermanas para sus dos hijos.

—¡Tú eres el *Bruto de Florencia!* — dijo.

Quien á hierro mata...

Así murió Alejandro de Médicis, después de seis años de tiradía. Así se libró la Toscana de aquel tirano.

El cadáver no fué descubierto hasta dos días después, y júzguese la sorpresa de Florencia cuando se supo quién era el asesino,

La alegría fué general, y lejos de procederse á buscar al autor del hecho, se iluminó en su honor, y se le confirmó con el sobrenombre de *Bruto de Florencia*.

Lorenzo permaneció en Venecia, y Cosme de Médicis, hijo de Juan de las Bandas Negras, heredó el gobierno de la Toscana.

La viuda de Alejandro contrajo segundas nupcias con Octavio Farnesio.

En cuanto á Lorenzo, vivió hasta 1574, época en la cual fué asesinado por Bebo y Riccio de Volterra, cuando se disponía á disputar el poder al hijo de Cosme, que acababa de morir.

Un émulo de Cartouche

El bosque de Usorm ocupa unas diez leguas de extensión. La arboleda es muy espesa y los senderos parecen estrechos corredores. De Landreices á Guesno y de Cateau-Cambresis y Bavas á la frontera belga todo es bosque.

En el centro mismo de este océano de verdura se encuentra aislado como una isla el villorio de Locquignol, casas alegres, habitaciones de carboneros y grandes almacenes, porque todos los habitantes viven del carboneo.

En el otoño de 1893, en los días que siguieron á la retirada del ejército enemigo, un hombre desconocido fué á establecerse en Loquignol, y abrió una taberna. Su mujer era joven y guapa; el hombre, de gran estatura, con las piernas desmesuradamente largas, parecía buena persona, alegre y decidor; su mirada era dura, los labios delgados, y en el carrillo izquierdo tenía una larga cicatriz. Dijo llamarse Legein.

Bien pronto llegó á reunir una numerosa clientela. Los dueños gastaron sin tino para amueblar el local. Los días de mercado con los pueblos más cercanos tenían la casa llena; pero pronto, sin explicarse satisfactoriamente la causa, la casa empezó á adquirir pésima reputación.

Misteriosa desaparición. — ¿Una venganza?

Un día de octubre se incendió la taberna, y cuando los aldeanos se aprestaban á llevar auxilio, Legein montó á caballo y desapareció al galope en dirección á Bavas. No se le volvió á ver más.

Su mujer, sin asilo y sin recursos, fué á pedir ayuda al alcalde del pueblo, que le procuró alojamiento. Al remover los escombros de la casa incendiada, se encontró en la cueva una maleta de cuero que había respetado el fuego, y dentro una caja de hierro con las armas de Phalempin, encerrando alhajas de gran precio. Interrogada la mujer por la procedencia de tales alhajas, permaneció callada, llorando á lágrima viva.

En fin, viendo que su compañero no parecía, dijo que no era su marido, que le había encontrado algunos meses antes en Durkerque, y que no conocía nada de su pasado, sino que *debía ser bandido y habitar en Lille*. Puesta en libertad, se puso á servir en Vendegies-au Bois. Algunos días después de esto salió á un recado y no volvió. Se hicieron pesquisas para buscarla y se encontró su cadáver completamente desfigurado. La cabeza la tenía aplastada á peñascazos.

Entonces se recordó que, un año antes, la finca de Pembrouk había sido asaltada una noche por varios forajidos, cuyo paradero no pudo saberse.

El dueño, Romain Pembrouk, y su mujer fueron quemados á fuego lento hasta que manifestaron el lugar donde tenían el dinero. Sus cadáveres fueron encontrados con las piernas carbonizadas y la garganta abierta; los asesinos se habían llevado una fortuna; se decía que más de 100.000 libras. Pero como en la región, á causa de las revueltas políticas, reinaba la mayor anarquía, se hacía caso omiso de ello.

Nada de Policía, jueces ni Tribunales; no existían los guardas rurales, ni había fuerza armada que protegiese los desmanes.

Los más atrevidos se decían en voz baja que hacia Harebrouk y Donai, los campesinos estaban aterrorizados por un Salembier, burgués, que cuando llegaba la ocasión se convertía en mendigo, en lo que fuera preciso para acechar y vigilar á los granjeros, y cuando llegaba la hora, puñal en mano asaltaba las haciendas, seguido de sus hombres, quemaba á los dueños, incendiaba las fincas y se llevaba todo el dinero.

En Artois tenía Salembier un lugarteniente, un tal Saint-Amaut, cultivador de los alrededores de Aire.

Comarca aterrorizada.

En Hainaut había otro de estos terribles malhechores, se llamaba Monense y habitaba en una elegante quinta rodeada de un bonito jardín, cerca de Saint Waast, en los alrededores de Bavas, á algunos pasos de la antigua frontera. Al nombre de Monense las mujeres se santiguaban y los hombres bajaban la cabeza.

Los que le habían visto, porque él no se ocultaba, aseguraban que se parecía extraordinariamente al dueño de la taberna de Locquignol, á Legein, que había desaparecido la noche del incendio, y se le acusó de haber asesinado á la mujer que vivía con él; pero hizo callar en seguida á los más indiscretos.

Monense se mostraba, por otra parte, muy sociable: frecuentaba las fiestas de las ciudades, bailaba con las jóvenes y convidaba en las tabernas. Alegraba á la concurrencia haciendo juegos de cartas y de escamoteo, hacía de ventrílocuo é imitaba el canto de toda clase de aves. Los días de grandes expediciones se desfiguraba con una barba y cabellos postizos de distinto color que los suyos En los negocios era duro, cínico, implacable, tanto como en la vida ordinaria era afable y vividor.

Cuando se esparcía por el país la noticia de que una granja había sido asaltada y que los moradores habían sido encontrados con fuertes ligaduras y quemados, Monense, sabiendo que todo el mundo le achacaba el crimen, se presentaba en la taberna y hablaba con los aldeanos de los bandidos, acusando á un pariente imaginario que llevaba su nombre «No se prenderá nunca á ese miserable», decía. Y pagaba una ronda á todos los que le escuchaban.

Un regalo de boda.

El reinaba en Hainaut, como *Barba Azul* en Tiflanges, y muchas veces le gustaba ejercer de Providencia.

En Wasmes, no lejos de la iglesia, la finca de Antonio

Populaire fué asaltada por los bandidos el 3 de noviembre de 1795. Amarraron á la mujer y á los hijos y les pasearon por el cuerpo una antorcha encendida. Cuando supieron dónde estaban el dinero y las alhajas las sacaron de los armarios. Cuando el criado Colás Frangs, que pudo escaparse, llegó con refuerzo, los abrasadores habían desaparecido.

Dos días después de esto, Monense se presentaba en otra finca de Quarouble y se enteraba del casamiento próximo de la hija del hostelero, que se lamentaba de no poder llevar al cuello una cadena de oro ni un brazalete.

—A menos—decía ella - que no lloviese del cielo.

La mañana del día fijado para la boda, un desconocido se presentó en la hostería de Quarouble, llevando una cajita cerrada con una cinta, que dejó sobre el mostrador.

—Esto es—dijo el desconocido—para el matrimonio de la joven ciudadana.

La cajita contenía una linda cadena de oro y un papel que decía:

«Las alhajas caen del cielo para las personas que las merecen.»

Ella, que era honradísima, no se atrevió nunca á ponérsela. Tres años después, en el proceso Donai, las alhajas fueron reconocidas como de la propiedad de Carolina Buisson, la mujer de Populaire, el granjero de Wasmes.

Monense, que no creía en Dios y muy poco en el diablo, era supersticioso. Los viernes, y sobre todo, los viernes 13, la región podía dormir tranquila; nunca emprendía ninguna expedición en estos días nefastos. Rehuía pasar próximo al muro de un cementerio después de ocultarse el Sol. Llevaba siempre co'gada una bula, probablemente robada de alguna iglesia, á la que atribuía un poder maravilloso.

A menudo daba á sus desapariciones un pretexto político. A fin de agosto de 1796, entró una noche en el castillo de Boussu y pidió asilo durante la noche. Llevaba traje de oficial austriaco. El dueño, Anselmo Labrousse, le acogió, le hizo los honores, le convidó á su mesa y le obsequió con el vino más añejo. El viajero era encantador. Habló. Contó historias de bandidos y se informó de las precauciones que se tomaban. Cuando todos dormían, saltó por una ventana, llevándose unas cuantas alhajas y desapareció en el bosque, montado en el mejor caballo que había en la cuadra.

Otras veces hacía irrupción en las casas, bajo el pretexto de buscar emigrados, fingiéndose policía. En Elouges, dos meses después de Boussu, una propietaria llamada Delaye despertó sobresaltada apercibiendo luz. Comprendiendo que ocurría algo extraordinario, saltó de la cama y llamó á su criado.

Al mismo tiempo, la ventana saltó en pedazos y cuatro individuos con las caras tiznadas entraron en la habitación. El jefe ordenó:

—Ponedle ligaduras.

En un momento Francisco Delaye, su mujer, los dos hijos y el abuelo, un anciano de ochenta y cinco años, y los criados rodaron por tierra y fueron fuertemente amarrados.

—Venimos—dijo el bandido—á hacer un registro para buscar á los emigrados aquí refugiados.

Revolvieron los muebles y se llevaron dinero y alhajas. Un joven criado, en una habitación, presenció el saqueo, atemorizado. Tuvo valor suficiente para llamar á los vecinos de casa en casa diciendo:

—A mí, Elouges ¡Monense! ¡Monense!

Los aldeanos se levantaron apresuradamente y armados se dirigieron en busca de los bandidos.

¡Demasiado tarde, los bandidos habían desparecido!

El nombre de Monense aterrorizaba. Las granjas aislodas se llenaban de barricadas; pero ¿qué puerta resistía al tronco de un árbol?

Una casa sembrada de cadáveres.

Ha transcurrido un siglo más, y aún se recuerda en aquella región el suceso de la Houlette.

La Houlette era una casa aislada en la extrema frontera belga, distante apenas diez pasos de la aduana francesa. El inmueble en sí no tenía nada de extraordinario. La verja de entrada tenía la fecha de 1782. Al abrirse la puerta, había una ancha plazoleta sembrada de legumbres, sin árboles. Esta finca solía servir de refugio á algunos contrabandistas, mientras aguardaban la hora de pasar el matute.

En la época que nos ocupa, la noche del primer primario, año IV, hacia las once y media, dos habitantes de Augre, Antonio Baudour y Ghistain Carpentier, al volver del mercado de Cateau, pasando cerca de la Houlette, apercibieron dos sombras apoyadas contra el muro. No hicieron gran caso, por conocer la fama que tenía la finca de servir de refugio á contrabandistas.

Al día siguiente, Antoine Libert quiso entrar en la finca para beber un vaso de cerveza. La puerta se hallaba entreabierta. El interior estaba á obscuras y reinaba el más completo silencio. Libert intentó abrir la puerta del todo; pero tropezaba con algún obstáculo; tocó con el pie y creyó que era un saco, aunque instintivamente retrocedió.

Dió la vuelta á la casa, y en una de las fachadas posteriores vió una cuerda que pendía de una ventana. En el patio, un perro se puso á aullar con acento lastimero.

El hombre, picada su curiosidad, tomó alientos, abrió la puerta y entró en la sala. ¡Lo que había tomado por un saco era un cadáver!

Libert corrió como un desesperado hasta Roinsin, y puso en conocimiento del pueblo su descubrimiento. El agente nacional Walthiaux, el alcalde, los oficiales municipales acudieron, seguidos casi del pueblo en masa, llegando á la finca hacia las siete y media.

Los funcionarios colocaron centinelas y penetraron en la casa. A la luz de una linterna y de la escasa luz del día que penetraba por las rendijas de las ventanas, reconocieron los cadáveres de Hubert Moreau, un médico muy conocido; la mujer Couez, con la garganta abierta y á medio vestir; cerca de ésta, el cadáver de su hija Serafina, de catorce años, con el cráneo abierto.

En la segunda habitación se descubrió un cuarto cadáver, el de Couez. La tienda, próxima á esta pieza estaba en un completo desorden: las mesas y las sillas volcadas, los vasos rotos. En el suelo charcos de sangre y otros dos cadáveres: el de la pequeña Silvia Couez, que tenía en brazos á otra hermana más pequeña. En el pasillo, otra niña, muerta también, de doce años.

Los magistrados prosiguieron la investigación. En la escalera que conducía al piso superior encontraron el cadáver del hijo mayor, Juan Felipe Couez. Su hermano Dosiré, de once años, había sido sorprendido en el lecho, donde los asesinos le mataron. Este era el noveno cadáver y el último.

Después del registro, una exclamación salió de todos los labios:

—¡Monense! ¡Monense!

La indignación pública entonces fué enorme. La misma noche se hizo un registro en casa de Monense y se le detuvo cuatro días después en casa de su amigo Trognon. Fué conducido á Mons, y toda la región se dedicó á celebrar el fausto acontecimiento.

Pero la alegría fué de corta duración. Los jueces no encontraron prueba alguna contra Monense; tal terror inspiraba, que nadie se atrevía á declarar contra él. Monense, por su parte, invocaba que la noche del crimen la había pasado en casa de la viuda Guilmaut, en Roisin. Esta fué invitada á declarar, y ratificó la manifestación del bandido, diciendo que había entrado en su casa á las diez, y que á las cinco de la mañana le había visto aún acostado.

¡Monense fué puesto en libertad!

Nuevas fechorías.

Al salir de la prisión, Monense robó un caballo de la posta de Odoner y tomó el camino de Flandes, llegando á Bruselas. Allí permaneció dos días. Después recorrió diversos puntos. En Gosselies se puso al servicio de un emigrado que buscaba un criado seguro para que le llevase la valija, y marchó en compañía de su amo; pero el

llegar á cierto punto del camino emprendió veloz carrera con el caballo que le conducía, y, como es consiguiente, con la valija, que contenía 5.000 francos en oro.

En los comienzos de noviembre de 1796 circuló el rumor en Hainaut de que Monense había sido visto en Thuin. Quince días después, una nueva hazaña daba á entender la entrada en escena del bandido.

El castillo de Ville-les Pom mereul, situado en la frontera belga entre Mons y Condé, tenía aspecto triste, por su aislamiento de los caminos. Cuatro grandes torres le circundaban y un ancho foso rodeaba el edificio. Este castillo había sido residencia del príncipe de Ligne, conocido con el sobrenombre de *El Gran Diablo*, y un poco por la melancolía del lugar, y otro mucho por el sobrenombre, el castillo fué abandonado por sus propietarios y fué poco á poco convirtiéndose en ruinas. El ciudadano Lehon lo adquirió y estableció en él su notaría, separando parte del edificio para hacerlo habitable. A principio de 1796 se instaló con su mujer, un niño, un criado y un perro.

El 11 de noviembre del citado año, el perro empezó á ladrar furiosamente; el notario cogió una escopeta cargada con dos balas y registró la casa, no notando nada anormal.

La niebla era tan espesa que apenas si se distinguía á diez metros. Por fin se acostaron, prometiendo el marido que velaría algún tiempo, hasta que su mujer se tranquilizase. La puerta estaba atrancada y las ventanas herméticamente cerradas.

De pronto se sintió ladrar nuevamente al perro. El matrimonio saltó del lecho y bajó las escaleras, abrieron una ventana, y al decir: «¿quién va?», sintió que le sujetaban diez brazos, diciendo:

—Tira las armas, ó eres muerto.

Diez hombres penetraron en la estancia, unos enmascarados y otros con los rostros desfigurados y condujeron á Lehon á presencia del jefe, que se encontraba ya en otra habitación con su *estado mayor*.

Lehon vió á un hombre de unos cuarenta años, alto y vigoroso; un bigote tapaba su boca y grandes patillas cubrían sus mejillas. Como sus compañeros, llevaba dos pistolas en la cintura y un puñal; en el costado izquierdo, un largo sable.

Era Monense. Apoyado en la mesa, hizo una señal á sus hombres.

—¿No eres el notario?

—Lo soy.

—¿Me conoces?

—No os he visto nunca.

—¿Quiénes viven en este castillo?

—Vivo solo, con mi mujer, mi hijo y mi criado.

—Vas á responderme la verdad. Te va en ello la vida. Hace tres días han traído aquí un saco de dinero.

—Es verdad.

—¿Dónde está?

—La misma persona que lo trajo lo llevó ayer á Mons.

—Que venga la mujer.

Madame Lehon apareció muy pálida, é hincándose de rodillas pidiendo gracia para su marido y su hijo, dijo lo mismo que el notario.

—Pueden estar de acuerdo—murmuró el bandido.

Después de entregarles una pequeña cantidad, no conformándose Monense, ordenó que llevasen leña y encendió la chimenea. Tendió una silla delante de la butaca donde el bandido estaba colocado y empezó el suplicio.

—Estos tormentos arrancan muchas verdades—murmuró Monense.

Al alba, Mme. Lehon fué sacada de su desvanecimiento por la criada, á quienes los bandidos habían encerrado en la cueva y que logró evadirse y se encontró al notario medio muerto, con las piernas quemadas.

Muerte del bandido.

La indignación y el horror fueron tan grandes en el país, que, á falta de gendarmes, salieron los aldeanos en su persecución. Un antiguo capitán de Caballería, llamado Carbonnelle, se puso á la cabaza y empezó la caza, que duró más de tres meses.

El 12 de febrero de 1797, Carbonelle supo que Monense se encontraba en Guevy le Petit, en casa de uno de sus tenientes, Allard. Allí se dirigió con su tropa; pero el bandido, avisado por sus espías, huyó al bosque de Tillent. Hacia las tres de la tarde, dos gendarmes que venían de Rouche le apercibieron apoyado contra un árbol y las ropas en desorden. En una mano tenía una pistola catalana y en la otra un puñal.

Al dirigirse á él los gendarmes, Monense disparó la pistola, hiriendo á uno de sus perseguidores. El otro le gritó:

—¡Ríndete!

—Me rindo—contestó el miserable.

Y arrojó al suelo la pistola. Carbonelle y sus hombres llegaban en aquel momento, que acababan de detener á cuatro cómplices del bandido en casa de Allard; eran Nicolás y Francisco Guerin, Buisseret y Cinés.

A las cinco, Monense y sus compañeros fueron conducidos en un carro á Mons, donde llegaron á las dos de la mañana. La noche era fría y á pesar de ello, todas las poblaciones estaban iluminadas y el público llenaba las calles. La noticia se había esparcido con rapidez.

Después del proceso seguido en Mons, Monense compareció ante el Tribunal del Norte, establecido en Donai.

Monense fué condenado y ejecutado el 10 de julio de 1798.

Asesinato y suicidio.

El hijo del célebre tenor Due mata á su querida y después se suicida.

En Bezieres ha causado honda impresión un crimen ocurrido la semana última.

Hace tres meses próximamente, M. Valentín Due, el célebre tenor, que después de una brillante carrera artística se había retirado á Bezieres, su ciudad natal, despidió á una de sus criadas, en previsión de que ocurriera algo desagradable, pues su hijo estaba perdidamente enamorado de ella.

Pero fué inútil: los dos amantes alquilaron una habitación amueblada en el bulevar de Strasburgo.

Nada parecía turbar la dicha de los amantes, cuando el lunes, á las cinco y media de la mañana, los vecinos de la casa oyeron el ruido de una doble detonación.

Acudieron al domicilio de los amantes, viendo tendido en el suelo á Roberto Due, que conservaba un revólver en la mano y descansaba su cabeza en un charco de sangre. Delante del cadáver del joven, Benjamina Ilhe estaba sentada en una butaca, con las manos en la cabeza ensangrentada y diciendo con voz apagada:

—¡El es el que me ha matado!

Y momentos después expiraba.

El cuerpo de la joven fué transportado á la Morgue, y el cadáver del joven, á casa de sus padres.

Con motivo de este suceso se recuerda que Roberto Due tuvo el tifus hace un año y le había quedado cierta nerviosidad neurasténica, y á pesar de los esfuerzos de sus padres, que se esforzaban en distraerle, la pasión por la criada le había trastornado por completo.

La desesperación de los padres es indescriptible.

El museo de servicios policíacos de Viena tiene dos salas. En una hay una vitrina que contiene los utensilios de los monederos falsos, otra con las armas de los cazadores furtivos, bagajes de vagabundos, objetos y substancias químicas empleadas por anarquistas. Hay colecciones de cráneos que muestran las lesiones que han causado la muerte, los instrumentos con que se han cometido los crímenes.

También existe una gran colección de fotografías, que sirve para enseñar cómo se han descubierto los crímenes.

El Ejército chino

Cuarenta millones de soldados.

Si Europa no ha salido aún del asombro que le causó la victoria del Japón y de los adelantos de esta última nación, que le permiten luchar con la potencia más poderosa, mayor estupor ha de causarle el formidable Ejército que organiza China y que una vez conseguido, con la ayuda de los japoneses, podrá convertir el peligro amarillo en una realidad.

No hace muchos años aún, se burlaban las naciones de este peligro, augurándose ahora la iniciación de un movimiento de 450 millones de chinos (así, ni uno menos) para emprender los antiguos caminos mongoles, dirigirse á Europa y aplastarla con su peso.

Pero no hay necesidad de creer en esa invasión, que podría dirigir sus pasos á París, Berlín y Londres. Los chinos están en contacto con los blancos sin necesidad de alejarse de su territorio.

Las potencias que no tienen ó no han querido poseer territorio chino, han procurado buscarse mercados para dar salida á sus productos y procurarse dinero. Los Estados Unidos con su maquinaria; Suecia con las maderas; Suiza con los relojes; todas, grandes ó pequeñas, han explotado al chino.

Para guardar su territorio intacto, como para conservar su dinero, China no ha podido hablar alto hasta hoy; se le ha puesto la razón del más fuerte como única razón política... La Gran Bretaña le declara la guerra por el opio y Alemania la bombardea, para abrir un puerto al comercio. China aparecía como materia inagotable para satisfacer el ansia de las naciones China no podía defenderse. Era la eterna víctima imposibilitada de vencer.

La reacción.

Pero hace algunos años, diez ó doce no más, una monstruosa, una irresistible fuerza militar surgió en el Extremo Oriente, y transcurrido análogo plazo, el Ejército más numeroso del mundo estará sólidamente organizado.

En 1915, á seguir con el método y progresos actuales, la tranquila China, la China de *paravents* y de las campanillas; la China de las porcelanas y de las óperas cómicas, tendrá diez millones de verdaderos soldados, y si en 1920 la fantasía nos sugiere una movilización general, puede calcularse que podrá oponer á la Europa 40.000.000 de combatientes.

Estas cifras son sobradamente elocuentes, y su incomparable improvisación bélica es uno de los más extraños é inquietantes fenómenos de la historia contemporánea.

Soldados de opereta.

China, con sus 430 millones de habitantes, no tenía hace diez años más soldados que Portugal, justamente noventa y cuatro veces menos poblada; y ¡qué soldados! Una primera categoría era la de las tropas en servicio permanente, llamadas de *las ocho banderas* porque marchaban bajo ocho estandartes, combinando los colores del arco iris. Este ejército se componía de manchúes y vivían á su modo, en familia, en granjas confortables, donde recibían el arroz imperial y de donde apenas salían.

Después venían los soldados que servían en las milicias de los virreyes, ó en caso de llamamiento á las armas, en los cuerpos de *bravos* ó voluntarios. Debían conquistar su sueldo y á veces la comida en la población civil. Para que les resultase más difícil, estaban armados con viejos sables suspendidos en bandolera, una pica ó un mosquete.

Cuando, obligado por la necesidad, este extraño ejército se veía obligado á batirse, las batallas parecían un carnaval trágico. Todos los soldados, provistos de uniforme, se venían enfundados pecho y espalda en un blanco, bordado en caracteres de tonos chillones; todo el que recibía un fusil recibía al mismo tiempo un quitasol; y cada grupo de ocho combatientes era designado por una inmensa bandera pintarrajeada, de cuatro metros cuadrados. Añadid que estos soldados de opereta iban calzados con una especie de zapatillas de paja, que apenas si resistían un día de marcha. Todas las noches era preciso distribuir de treinta á cuarenta mil pares de calzado entre el ejército.

Los estandartes estaban adornados con signos terroríficos. Los suboficiales se hacían inscribir en el pecho en flamantes caracteres: «tigre», «mostruo», «rinoceronte irresistible» Y la batalla se empeñaba por choques sucesivos; el ejército con grandes alaridos decía: «¡Mata... mata! .. ¡descuartízalo!» La bravura ó á lo menos la resignación con la muerte era su distintivo.

Un reformador.

Al lado de esta desorganizada tropa existía un pequeño número de soldados verdaderos. En 1900, cuando el Cuerpo expedicionario internacional ocupó Tche-Li, hizo buena defensa y atacó vigorosamente en Tien-



Contempla, lector, los dos grabados de las márgenes y ellos te darán idea, mejor que una estadística numérica, de lo que podrá ser el Ejército chino en comparación con todos los ejércitos europeos reunidos Hechos á escala ambos grabados, el de la izquierda representa á los 40 millones de combatientes que China podrá poner sobre las armas Sumados los efectivos de guerra de las naciones de Europa, no llega á aquella suma Esta comparación gráfica puede dar idea del peligro amarillo á plazo no lejano.

Tsin y Pekín. Los fuertes de Takou, Tien-Tsin y Chan-Hai-Kuan estaban armados con excelentes cañones Krupp y Amstrong. Unos 30.000 hombres provistos de mauser de repetición se batieron más que correctamente á las órdenes de Yuen-Chi-Kaï y del mariscal Ma (el mariscal caballo). Había conquistado éste una incomparable popularidad y era la figura militar del tiempo pasado del Imperio chino. Ma era gastrónomo y engullía ante sus famélicos soldados cinco kilos de manjares diversos, no empleaba más castigo que la muerte más ó menos cruel, según el caso.

Por su glotonería murió de una indigestión en 1902.

En 1899, Ma había decretado la abolición de los paraguas militares y mandado decapitar á todos los que hiciesen uso de él; pero no había conseguido suprimir las banderas, cuando estalló la guerra. Al menos sus soldados se batieron desesperadamente y aniquilaron á la columna Seymour, salvada por la artillería francesa.

Al ser rechazadas las tropas de Ma, las fuerzas europeas penetraron en el interior, no encontrando más que á los antiguos soldados indisciplinados. En el combate de Sie Tchouan, una línea de pabellones, colocados sobre el parapeto impedía el paso á los franceses; enormes cañones de piedra lanzaban á 100 metros proyectiles diformes; un desgraciado chino, cubierto de escudos, hacía maniobrar en todos sentidos un anteojo perdido por alguna columna europea y con el que creía causar los mayores destrozos en el enemigo. En proporción de diez contra uno, los inconscientes soldados se dejaban matar á mansalva...

Oficial del Ejército chino. (Epoca actual)

Despertar imprevisto.

¿De dónde proviene este súbito cambio de ideas y de cosas? Desde luego, de la humillación profunda sufrida en 1900, y, sobre todo, por la lección dada por el Japón á una potencia occidental. El día en que el Japón venció definitivamente á Rusia é impuso su victoria á Europa, China concibió un sentimiento nuevo. ¡Los blancos, los occidentales, no eran invencibles ni intangibles! ¿Por qué sufrir entonces sus caprichos y sus conquistas?

Un Consejo superior de la guerra, el Sien Ping-Pou, puramente chino (al menos oficialmente) se improvisó bajo la presidencia del príncipe Ching, tío del emperador. Tres meses después, las potencias conocieron los propósitos de China.

El plan, de extraordinaria amplitud, comprendía los siguientes artículos esenciales: Creación de veinte Cuerpos de ejército á dos divisiones, cada división comprendiendo dos brigadas de infantería, un regimiento de artillería, otro de caballería, un batallón de zapadores, uno de tren y servicios auxiliares; cada brigada compuesta de cuatro regimientos á tres batallones de 300 hombres. Reclutamiento regional, por contingentes proporcionados á la cifra de habitantes. El primer llamamiento debía ser de 500.000 hombres. Servicio activo nueve años, prolongado por siete en la reserva, con un mes (infantería) ó dos meses (caballería y artillería) de servicio por año. Creación de 25 escuelas militares de cadetes, pudiendo suministrar 4.000 oficiales los tres primeros años y un contingente anual de 1.500.

Después de publicarse el programa, se ha cumpliendo punto por punto. Los quince mandos de Cuerpo disponen actualmente de 420.000 hombres. Llevan nuevo uniforme, habiendo desaparecido el paraguas y los estandartes grotescos. El pantalón bombacho está sujeto por medias botas, el cinturón y la cartuchería á semejanza europea. Como armamento usan el maüser, que ha sustituído definitivamenie al arco y á la pica. Detalle esencial: todos los soldados están pagados mensualmente á 3 taels (12 pesetas) por término medio.

En las provincias, treinta y siete escuelas de primer grado hacen salir á 7.000 cadetes, en tanto que cuatro escuelas superiores se encargan de suministrar al Ejército anualmente 900 oficiales, que en tanto se instala la Academia de Pekín, marchan á perfeccionarse al Japón.

El Ejército monstruo.

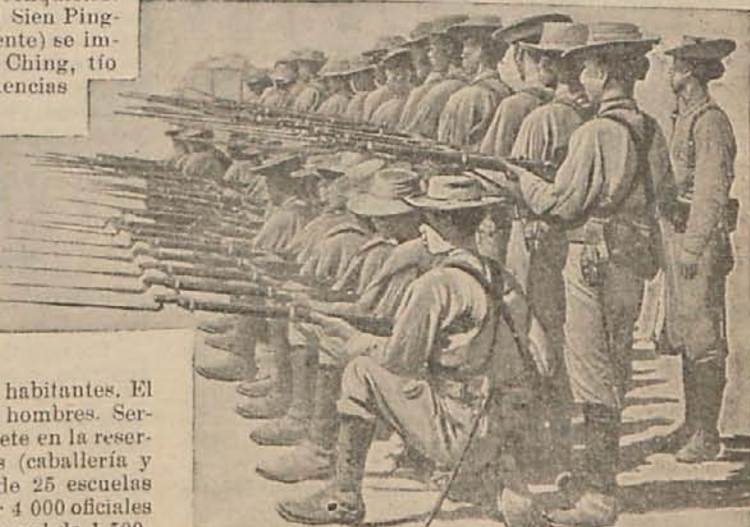
Hacia 1915, China podrá movilizar de 6 á 8 millones de soldados. Pero suponed que quiera hacer más. Hay provincia en China que cuenta con 40 millones de habitantes, y hágase una proporción para calcular el número de hombres que el Celeste Imperio podría lanzar en caso de apuro contra una potencia enemiga.

¿Está en ello el peligro amarillo? Por lo pronto, deducen los que se dedican á estudios de esta índole, que China, imponiéndose sólo por la fuerza de su poder, sin que llegue á utilizarlo, podrá realizar una penetración pacífica en los puntos que le convenga del Globo para su comercio, restando no poca vida al mundo blanco, que es de lo que tratan.

El Japón al día siguiente de su victoria, vió su pretensión á la soberanía del Extremo Oriente, violentamente rechazada.

Por primera vez, China ha sido considerada como potencia, y las naciones están convencidas hoy en día de que los tiempos antiguos del viejo Imperio chino han desaparecido para no volver más...

Ahora, queridos lectores, ved si de esto no pueden deducirse grandes enseñanzas.



La actual Infantería china.

¡Cosas de Francia!

Crimen en un tren.

El día 5 del corriente, á la llegada del tren núm 306 á Rouen, los empleados de la Compañía vieron que en un departamento de primera clase se encontraba una mujer cuyo cuerpo descansaba en un gran charco de sangre.

Inmediatamente la transportaron á una farmacia próxima, donde se la prestaron los primeros auxilios.

Según manifestó la herida, se llamaba Mme Lensaire, de veintinueve años, casada, con domicilio en París, en la calle de Gange, en el XIV distrito, regresaba de Trouville, de donde es natural. Iba acompañada de un estudiante portugués, de veintiún años, que sostenía relaciones con una hermana suya.

La agresión aconteció entre Dissel y Elbeuf, en el momento en que la viajera empezaba á dormirse. Su compañero se arrojó sobre ella, tratando de estrangularla, como lo demuestran las señales que tiene en la garganta. La mujer opuso una resistencia enérgica, y entonces el portugués le dió un fuerte golpe en el ojo derecho, con tal acierto, que los médicos desconfían, poder salvar el órgano de la visión. Después hizo dos disparos de revólver, cuyas balas se incrustaron en las paredes del coche.

El móvil de esta agresión parece haber sido el robo, pues del saco de viaje faltaba una fuerte suma en billetes del banco y títulos de gran valor.

Los médicos no desconfían de salvar á la víctima, aunque creen, como consignamos antes, que perderá uno de los ojos.

El autor de este hecho no ha sido aún detenido.

Los dramas del amor.

No es solamente España la que puede figurar á la cabeza en cuestión de crímenes pasionales.

Recientemente se ha registrado un suceso de índole pasional en Cannes, en la plaza de la Peysiere.

Una joven de veintiséis años, llamada Cecilia Challande, ha disparado cinco tiros á su amante Alfredo Ferrero, de veinticinco años, marinero del *Lysistrata*.

Según las declaraciones, resulta que la matadora fué seducida por la víctima, y próxima dar á luz y en vista de que el seductor no se prestaba á reconocer el fruto de su unión ilegítima, la mujer determinó vengarse.

Ferrero murió instantes después de la agresión y Cecilia fué detenida y conducida á la Comisaría, donde confesó su delito, llorando la muerte del amante y sintiendo que su conducta la hubiese inducido á realizar la agresión.

Padre criminal.

Un tal Pasquet, que vivía en una choza de las cercanías de Cleusieou Bian (Morlaix), con su mujer y tres hijos de ocho, siete y cinco años, ha cometido un horrible crimen.

El domingo último, mientras la mujer estaba ausente, Pasquet entró en su casa, completamente borracho; hizo levantarse al hijo menor, y le colocó una cuerda al cuello, que sujetó á una viga para estrangularle. El borracho realizó su crimen, á pesar de los llantos y súplicas de sus otros hijos.

El padre salió precipitadamente, renegando de su prole, y los hermanos de la víctima se apresuraron á libertarla, deshaciendo el nudo corredizo y descolgándole de la viga.

Poco después regresó el padre y al ver que su hijo se había reanimado, exclamó:

—¡Tú no has muerto todavía!

Y cogiéndole brutalmente, empezó á llenarle la boca de trapos, para ver si conseguía asfixiarle. La madre llegó entonces, con oportunidad para evitar que el borracho realizase su crimen.

El padre criminal huyó y fué detenido poco después por la Gendarmería, ante la que declararon la madre y hermanos de la víctima, confirmando los hechos relatados.

Batalla de apaches.

Los transeúntes que regresaban á sus domicilios la noche del 8 del corriente, en París, por el bulevar Rochechouart fueron testigos de un sangriento suceso.

Dos bandas de merodeadores de la Chapelle se habían citado con antelación para solventar una antigua cuestión.

Después de propinarse algunos golpes en lucha cuerpo á cuerpo y viendo unos y otros que el resultado de la pelea era dudoso, sacaron á relucir los cuchillos y se acometieron furiosamente.

Después de un cuarto de hora de lucha encarnizada, los bandidos huyeron, dejando en el suelo á varios de sus colegas, arrojando abundante sangre de innumerables heridas.

La Policía recogió á los heridos, conduciéndoles al hospital, y detuvo á varios de los agresores. Estos ingresaron en la cárcel, donde responderán de varias causas que se les siguen, y los lesionados, si curan, pasarán también á la cárcel, porque el número de causas que tienen pendientes es también considerable.

El buen pueblo de París ha celebrado este hecho, que le libra de unos cuantos apaches por algún tiempo, conocidos todos ellos por sus innumerables fechorías, lamentando que estos hechos no se repitan con frecuencia, pues sería uno de los mejores procedimientos para que la capital de Francia se viese libre de tanto *golfo*

Un caso de canibalismo.

Ante la Cour d'Assises de l'Herault se ha visto una causa, que no deja de ser original.

Los oficiales suecos Bijornbery y Wachmeister fueron atacados en Montpellier en la calle de Selle l'Eveque, sin que mediese discusión alguna. Después de rehacerse de la agresión, persiguieron á los agresores y volvieron á encontrarlos en la plaza Notre Dame, siendo agredidos de nuevo, aunque en forma más salvaje, puesto que á bocados arrancaron completamente una oreja de Bijornbery y arrancaron un trozo de oreja á su compañero.

Lo más curioso es que en el proceso ha declarado una joven de extraordinaria belleza, que dijo presenciar los hechos, y sin embargo de lo cual, los autores caníbales (puesto que se asegura que masticaron los partes arrancadas á las víctimas) han sido condenados tan sólo á un año de prisión.

Devorado por un perro.

En Lille se ha registrado recientemente un sangriento suceso.

Un niño de siete años, apellidado Drolleux, se encontraba en la granja de Meuisne, y se prestó á acompañar un perro que recientemente había adquirido el dueño de la finca para evitar las intrusiones de los merodeadores.

Sin que se sepa el porqué, el perro se lanzó furioso contra el niño, y cuando acudieron algunos empleados de la granja, vieron que el perro mordía furiosamente á su víctima y que ésta había sufrido mutilaciones horribles, hasta el punto de que los médicos desesperan de poderle salvar.

Gente maleante



El *Gorra*, falsificador y tomador.



José Plaza Gómez (a) *El Lino*, tomador.



Pedro Alvarez Bueno (a) *Perico el Cerillero*, tomador.

Inquilinos asesinos.

Hace cuatro ó cinco días, M. Pellet, propietario de inmuebles en Miseval, pequeña población de las cercanías de Cette, visitó á su vecina Mme. Bernassant y la dijo:

—Voy á casa de mis inquilinos Morelli y Manzelli, donde veré á un tal Sebastián Ladon, que me debe 15 francos y que tiene que pagarme delante de los otros dos sujetos nombrados. Como temo cualquier cosa por parte de ellos, si dentro de una hora no estoy de vuelta, dad parte al alcalde y entregadle las llaves de mi casa, que están aquí.

Al cabo de una hora, viendo que Pellet no regresaba, Mme. Bernassant, fué á casa del alcalde y relató lo ocurrido.

La autoridad envió un propio en bicicleta á la Gendarmería de Frontignan, volviendo poco después los gendarmes Berthaud y Alary, apercibiendo en el bosque la Roubine, á 1 200 metros del pueblo, á dos individuos que tratsban de ocultarse. Juzgando este proceder sospechoso, los gendarmes los persiguieron, logrando detenerlos.

Los detenidos dijeron llamarse Sebastián Ladon, de veintiséis años, y José Palla, de veintisiete, mineros que se dirigían á Frontignan, donde habían encontrado trabajo.

Juzgando insuficientes estas explicaciones, los condujeron á Miseval.

Un primer examen dió por resultado ver que en las ropas y las manos de los detenidos había señales de sangre, sin que supieran explicar por qué estaban manchados en tal forma.

Los vecinos mientras se habían puesto á buscar á Pellet, encontrándolo en un foso del camino de Villeneuve-les-Magneloune. El desgraciado tenía la cabeza casi destrozada.

Cuando los vecinos regresaron para dar cuenta del fúnebre hallazgo, vieron que la casa donde vivían Morelli y Manzelli estaba ardiendo, y éstos salían á la calle en camisa diciendo:

—Hay dinamita en la casa y todo va á volar.

No hubo la explosión que se temía, pero el edificio quedo completamente destruído.

Unos vecinos declararon que habían visto penetrar en la casa á Pellet, pero no lo habían visto salir.

Como consecuencia de esto, y suponiendo que los dos inquilinos tendrían parte en el asesinato, fueron detenidos también, logrando averiguarse que, en efecto, el propietario había sido asesinado en la casa, y los autores quisieron transportarlo á la vía férrea, para hacer creer en un suicidio, ó un accidente, no lográndolo por haber visto á unos guardas rurales, y dejando entonces el cadáver donde fué encontrado.

Como detalle espantoso, mientras los asesinos machacaban la cabeza á su víctima, uno de los cómplices estaba en el balcón tocando el acordeón, para disimular los gritos que lanzaba el propietario.

Los autores materiales son cuatro, y es lástima que estos crímenes espantosos se registren en Francia con inusitada frecuencia, precisamente cuando el Gobierno ha suprimido el verdugo...

Princesa que quiere divorciarse.

Desde Heidelberg telegrafían al *Berliner Tageblatt* la noticia de que la famosa exprincesa de Sajonia que contrajo matrimonio después de divorciada de su augusta alteza, con el famoso músico Torelli, quiere divorciarse.

¿En qué se funda la exprincesa? Según dicen, en incompatibilidad de caracteres, y según malas lenguas, en el deseo de ella de continuar sus aventuras diversas.

Parece que el matrimonio vive completamente separado de cuerpos y que la presencia de uno y otro en las comidas, visitas ó en las circunstancias en que la vida de sociedad lo hace necesario, es un continuo sufrimiento para ambos.

La exprincesa, por lo pronto y por si los Tribunales no acceden á su petición, ha abandonado el techo conyugal y ha marchado .. á no se sabe dónde, diciendo tan sólo que desea vivir en Baviera.

El marido no se ha preocupado gran cosa de esta fuga, y cuando sus lecciones se lo permiten, marcha al café, donde filosóficamente y sin importarle un bledo las cosas de la vida, juega con sus amigos al dominó.



En los cuatro ángulos de este cadalso había cuatro grandes estatuas de yeso, colocadas cual inmóviles centinelas. Alrededor de cada una de esas estatuas se habían levantado cuatro montones de leña muy inflamable.

Esos preparativos de destrucción eran horribles.

El lugar donde se levantaban las hogueras se llamaba el quemadero.

El emperador Carlos V ocupaba ya el balcón real.

El traje del rey era sencillo y severo, pero elegante; y en nada difería del de los señores de su corte. Con todo, se le reconocía fácilmente por el color rubio de su barba, particularidad notable que distinguía al rey católico de España, el hijo de la casa de Austria, y que le era común con el último soberano de Granada, Boabdil, el rey de la Alhambra, que vertió lágrimas tan amargas cuando despojado de su reino y desterrado de Granada, se detuvo para arrojar la última mirada á su ciudad querida. Carlos V también amaba á Granada; aún existe cerca de la Alhambra el magnífico palacio principiado por el vencedor de Fez.

Un gran número de damas ricamente ataviadas ocupaban el balcón real.

Los tablados destinados al pueblo se llenaban rápidamente. Después del rapto del gobernador, la multitud, que no tenía ya ningún interés de curiosidad para quedar cerca de la procesión, se había trasladado al paraje en que podía esperar satisfacer su gusto natural por los espectáculos y las ejecuciones, gusto despravado común á todos los pueblos, y que la civilización sola, una civilización bien entendida, podría hacer que desapareciera, desarrollando en esas naturalezas algo salvajes los sentimientos morales á expensas de los instintos físicos.

En el momento en que llegó la procesión á la plaza mayor, Carlos V, á pesar de su deferencia por el Santo Oficio, fruncía ya las cejas con aire descontento, porque la increíble actividad del espíritu del emperador no se acomodaba con su retardo.

Por fin, respiró porque iba á principiar la ceremonia.

Los carboneros se colocaron en el teatro, á la izquierda del balcón real. Los consejeros de Estado ocupaban, por orden de jerarquía, las gradas que les estaban destinadas.

Entretanto, los reos dieron la vuelta al cadalso, y pasando por debajo del balcón del rey, fueron á sentarse en el catafalco de la izquierda. Los religiosos y los familiares que los acompañaban no los abandonaron, continuando exhortándoles.

El duque de Medinaceli, por derecho se colocó en el balcón del rey.

Su yerno, el duque de Mondéjar, como consejero de Castilla, sentóse entre los consejeros.

Isabel, hija del conde, ocupaba un asiento entre las damas junto á S. M.; su actitud era triste y abatida por un profundo pesar.

Finalmente, el inquisidor general subió á su vez las gradas que conducían á su trono, más alto que el del Consejo de la Suprema, y sentóse con «triunfante humildad» en el ancho sillón guarnecido de franjas de oro; dominando así á los principales dignatarios del reino y al rey mismo, que tenía la bondad de sufrirlo.

Pronto reinó un profundo y fúnebre silencio entre el inmenso gentío; y un sacerdote dominico, vestido con sus ornamentos sacerdotales, principió el sacrificio de la misa.

Era un extraño espectáculo.

Frailes de todas las órdenes, milicia innumerable que formaba casi la cuarta parte de la población, oraban humildemente arrodillados; en aquel momento, la multitud, dominada por un sentimiento indefinible de terror supersticioso y fanática devoción, inclinaba la cabeza golpeándose el pecho. Cada uno procuraba ante todo mostrarse celoso y devoto, pues era peligroso el no aparentarlo.

La misa continuó así hasta el Evangelio; mas en aquel momento todo el mundo se levantó.

Un fraile dominico subió á uno de los púlpitos puestos á los dos lados de las jaulas de madera levantadas en medio del teatro; y en otro se colocó el relator del Santo Oficio.

Entonces el inquisidor general bajó de su asiento; y al llegar al pie del anfiteatro, José, su limosnero, puso una mitra de oro en la cabeza de Pedro Arbués, y le revistió de una capa, y de este modo se adelantó hasta el balcón del rey. Siguiéronle algunos oficiales llevando la cruz, el libro de los Evangelios y otro libro que contenía la fórmula del juramento que debía prestar el soberano.

Pedro Arbués subió las primeras gradas del anfiteatro hasta la cuarta, para estar siempre colocado más alto que el monarca.

Allí se detuvo, y con voz fuerte y sonora, dirigiéndose al emperador católico, gritó:

—Señor, ¿V. M. jura proteger la fe católica romana, estirpar las herejías y apoyar con todo su poder real los actos de la Inquisición?

El altivo emperador se puso en pie, descubrió su real frente, ante la cual se descubrían todas las demás, y respondió con voz clara y firme:

—¡Lo juro!...

Entonces, volviéndose el inquisidor hacia la asamblea, é interpelándola colectivamente, gritó para que se oyese en todos los ángulos de la plaza:

—Todos vosotros, hijos de la Iglesia romana, que estáis presentes, ¿juráis cada uno, según vuestra capacidad y fuerzas, defender y proteger la fe católica, apostólica, romana; perseguir y denunciar á los herejes, y dar auxilio á todos los actos de la Inquisición?

—¡Lo juramos! ¡lo juramos!—respondieron en coro millares de voces.

Casi toda la población de Sevilla estaba reunida en la plaza ó en sus alrededores.

—¡Bien! ¡bien!—dijo el inquisidor acompañándolo con un movimiento de mano, y añadió:—Ahora, silencio, y escuchad.

Pedro Arbués volvió á subir lentamente las gradas del anfiteatro y se restituyó á su sillón.

El dominico que debía predicar hizo la señal de la cruz y principió su sermón en estos términos:

«Hermanos míos:

Inquisitio superior regibus: la Inquisición es superior á los reyes, porque el poder del cielo es superior á los poderes de la tierra; la Inquisición es la puerta del paraíso. La fuente de agua viva con la cual debemos regar todos nuestros corazones como terrenos áridos; de lo contrario, el Santo Espíritu nos abrirá la boca como á Balaan y á Caiphe. En efecto, hermanos míos, la Inquisición es santa y superior á los reyes, *superior regibus*, porque se remonta á la creación del mundo y al origen de la torre de Babel.»

A estas palabras, el emperador frunció las cejas y á duras penas pudo contener el furor que le causaba ese burlesco sermón. Sin embargo, nada dijo, para no enemistarse con el Santo Oficio. A la sazón contaba bastantes enemigos entre los reformados, y no quería creárselos nuevos entre los católicos. Se había pasado ya el tiempo en que contestaba á las violencias del papa con otras aún mayores.

(Continuará.)

Un parricidio.

Por obedecer á su madre, un hijo dispara una escopeta, dejando muerto á su padre.

Un drama de familia, en circunstancias emocionantes, acaba de desarrollarse en Freneuse, cerca de Bonnieres-sur-Seine (Francia). Después de una violenta discusión, un hijo, para vengar á su madre, ha matado á su padre.

Hace muchos años que se estableció como panadero en el pueblecillo nombrado, un tal Pedro Brossard, que contaba actualmente cuarenta y ocho años, natural de Usory, y con él se llevó á vivir á una mujer, Felisa Beaumer, natural de San Pedro d'Antils.

De esta unión nacieron cuatro varones, el mayor de los cuales, al desarrollarse los hechos que vamos á narrar, tenía diez y siete años y ejercía el oficio de herrero.

Poco después de hacer vida marital, el hombre empezó á adquirir el vicio de la borrachera, y las discusiones entre él y su querida se sucedieron con inusitada frecuencia.

El día 5, á la una de la madrugada, los dos amantes empezaron á cuestionar. Brossard estaba borracho y sacó un revólver, amenazando á su querida. No se arredró ésta por ello, y luchando con él, logró arrebatarle el arma, huyendo él escaleras arriba. Ciega ella de furor, cogió una escopeta, y entregándosela á Alfredo, el hijo mayor, dijo:

—¡Mátalo!

Obedeciendo las órdenes de su madre, el hijo apuntó á su padre, que se encontraba en la escalera, y disparó con tal acierto que la bala atravesó el cerebro de su progenitor, muriendo instantáneamente.

La madre y el hijo, ayudados por algunos vecinos que acudieron al ruido de la detonación, cogieron el cadáver y lo colocaron en el lecho, dando parte después á la Gendarmería de lo ocurrido.

Los autores de este parricidio han ingresado en la cárcel de Nantes.

En Tyson, penetraron unos apaches con objeto de saquear una casa, y tuvieron que huir ante el gran número de serpientes que les acometieron y que el dueño, un solterón, poseía en lugar de perros.

Todo lo puede el amor... ó gendarme con fortuna.

La noticia la consigna un periódico francés.

Una sultana, Salima, renunció al trono de sus antepasados para convertirse en la modesta esposa de un gendarme.

La historia es muy sencilla. La princesa fué enviada á un colegio, durante su infancia, para recibir educación. En los paseos conoció al gendarme, de guarnición en una de las islas de la Reunión, y se amaron... cosa que, después de todo, ocurre todos los días, aunque aquí es más extraordinario, por el rango de uno de los amantes.

Llegó el día en que debía ocupar el trono, un trono también modesto, bajo el protectorado francés, y renunció á las pompas y vanidades, prefiriendo el amor de Paule á las grandezas de la Corte...

No fué tan fácil conseguir la realización del matrimonio. El Gobierno francés, poco ducho, por lo visto, en las cuestiones amorosas, puso mil obstáculos, que la habilidad diplomática y la belleza de la sultana lograron vencer...

Y hoy, el gendarme francés y la exprincesa viven modestamente en una granja, rodeados de sus hijos... y disfrutando de una felicidad que tal vez ella no hubiese logrado entre las rencillas de la Corte...

Crimen misterioso.

En Filhols, cerca de Villemur (Francia), se ha cometido un crimen en circunstancias extraordinarias.

Juan Balthazar, de diez y ocho años, marchaba en una carreta, acompañado de un hermano de doce años.

Al atravesar un bosque, se oyó el ruido de una detonación y Juan cayó en el fondo de la carreta con el cráneo destrozado.

El hermano de la víctima corrió por si podía descubrir al autor del atentado, sin conseguirlo.

La carreta llegó al punto de su destino conduciendo el cadáver.

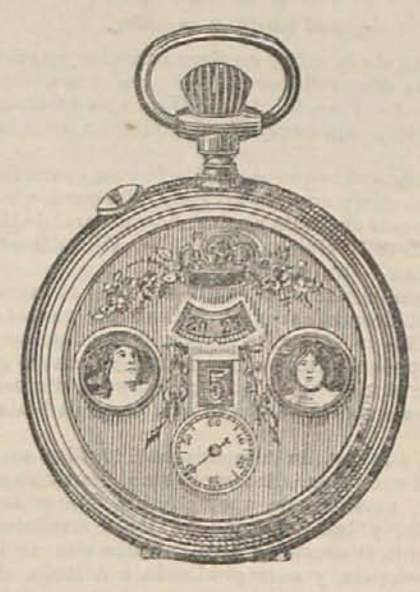
Hasta la fecha se ignora quién pueda ser el autor del hecho.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, Fuencarral, 59.— Madrid.



Con una fotografía, 33,50 ptas., en 5 ó 6 plazos.



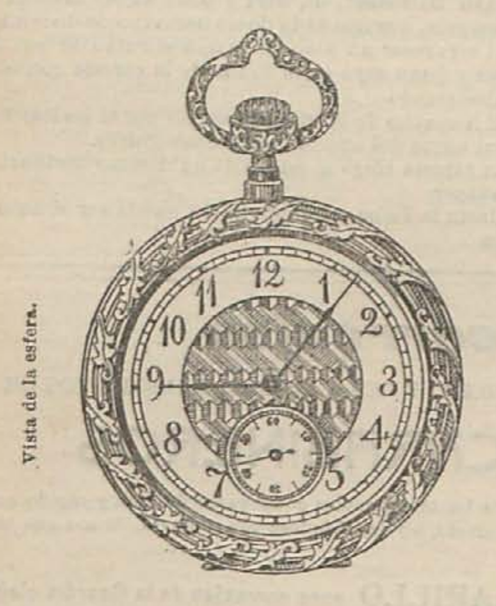
En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.

El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad: máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.



Vista de la esfera.



Vista del dorso.

El Precioso.

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal símil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada.—Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.